EL ALMA DEL OTRO MUNDO.

Juguete cómico en un acto y en prosa, tomado del teatro estranjero por los Sres. V. y S. y L., *para representarse en Madrid, el año de* 1857.

PERSONAS.

CALISTO.	DON EUSTAQUIO.
ALBERTO.	DON RAMON.
ANA.	DOÑA SINFOROSA.

Cuarto con cama en el fondo, y cortinas descorridas. A la izquierda la puerta de entrada, y á la derecha un balcon practicable.

ESCENA PRIMERA.

CALISTO, ALBERTO.

CAL. Este loco nos faltaba!

ALB. Qué importa? No hemos echado á tantos otros...

CAL. Siento mucho perder la noche.

ALB. Y qué remedio? Ya he puesto en órden la rueda, la cadena, la linterna cilíndrica, y nuestros trages: todo está como usted me ha mandado.

CAL. La caja de la fantasmagoria está tambien preparada?

ALB. Todo; pero qué, teme usted que el nuevo inquilino se resista?

CAL. Es un desesperado, que no sé cómo diablos ha entrado en relaciones con mi principal.

ALB. No tenga usted cuidado: despues de dos años que esta casa está desacreditada, y que otros tres inquilinos han salido de ella muertos de miedo por el Duende...

CAL. Y ella está bien encerrada?

ALB. En el lugar de siempre.

CAL. Pero has visto qué obstinacion mas increible?

ALB. Siempre con la misma indiferencia.

CAL. Qué diria don Ramon, si pudiese imaginarse que aquella Anita que vió varias veces conmigo, y que tanto le gustaba, está sepultada en una casa suya? Primero que llegue el nuevo inquilino, quiero hablarla otra vez...

ALB. Mire usted que es tarde, y queda poco tiempo.

CAL. Cierra la puerta de abajo: quien quiera entrar, llamará. Corre, y tráeme aqui á Ana.

ALB. Voy, pero tenga usted cuidado, que si todo se descubre, vamos las dos á la casa de poco trigo. (*sale por la izquierda.*)

ESCENA II.

CALISTO *solo.*

Son casi tres años que logro tener sin arriendo esta casa de mi señor don Ramon, bajo el pretesto de que hay en ella duende, y él no quiere todavia abandonar la esperanza de que haya quien venga á habitarla. Y yo mismo empiezo á cansarme de fingir mónstruos, fuegos y fantasmas. Es verdad que esta casa me sirve para toda clase de necesidades; para contrabando, para todo lo que se gana con manos listas, y para recoger á cualquier amigo que persigue la justicia; pero con todo eso, si Ana cediese, renunciaria á las demás ventajas, y mandaria enhoramala al supuesto Duende.

ESCENA III.

ALBERTO, CALISTO, ANA.

ALB. Aqui está.

ANA. Tenemos algo de nuevo, señor Calisto?

CAL. Ana, ya son seis meses...

ANA. Se equivoca usted, son cinco meses y veinte y siete dias.

CAL. Y es posible que no cedas?

ANA. Si no es otra cosa lo que tiene usted que decirme, no prosiga, porque ya estoy cansada de oirlo.

CAL. Bien: permanecerás aqui encerrada toda tu vida, hasta que seas mia.

ANA. De veras? No oye usted que no?

CAL. Pero no consideras que te recoji huérfana, falta de todo...

ANA. Es verdad: me encontró usted llorando en una calle de esta corte, cuando por un sinnúmero de desgracias perdí á mis padres...

CAL. Y tu recompensa es no amarme?

ANA. Y su objeto de usted hacer de mi una víctima?

CAL. Seamos justos, al principio no fue asi.

ANA. Si, me hizo usted ser criada, y despues me propuso ser suya; yo le respondi que no me gustaba, y que nunca seria muger del hombre que no me entrase por el ojo derecho: usted se encolerizó el dia en que le dige que su señor me gustaba, y usted no. Despues se decidió á sepultarme aqui el dia en que al volver á casa, me encontró hablando con don Ramon. No es esto? Y desde entonces me tiene usted encerrada, dándome poco de comer, con este trage solo, esperando que diga aquel sí, que nunca pronunciarán mis lábios. Ah! si el señor don Ramon...

CAL. El señor don Ramon no piensa en ti.

ANA. Pues yo pienso en él.

CAL. Pero al menos, muger testaruda, dime...

Ana. Por qué no me gusta usted? Se lo diré muy clarito; porque es usted demasiado viejo, y porque el corazon de las muchachas no se gana con prisiones, con gritos ni con amenazas.

Cal. Ana de mis entrañas...

Ana. Diga usted, espera algun nuevo inquilino? Porque me recuerdo que otra vez, hace tiempo, me echó usted un sermon semejante, y despues por la noche sentí quejidos, cadenas...

Alb. (Es un demonio en persona.)

Cal. Qué es lo que sospechas?

Ana. (Asi viniese alguno! A fuerza de trabajos he logrado algo...) (*se oye llamar fuera.*)

Alb. Llaman...

Cal. Llévala arriba, y tápala la boca.

Ana. No tenga usted miedo, que no grito. Volvamos al calabozo.

Cal. Te juro que no saldrás mas.

Ana. Tendremos paciencia! (Con tal que venga un nuevo inquilino, ya verás si salgo. .)

Cal. Anda, Alberto, encierrala, y corre á abrir abajo.

Alb. Voy... (Aunque no sea con mucha voluntad.)

Ana. Señor Calisto, que lo pase usted bien. (*sale con Alberto por la izquierda.*)

ESCENA IV.

Calisto *solo.*

Ya verás, deslenguada, quién es don Calisto. Puede darse un carácter semejante? Encerrada, maltratada y siempre con el mismo aire insultante! (*vuelven á llamar.*) Maldito Alberto! Nunca sale de su paso! Será el amo... (*acercándose á la puerta, y con voz baja.*) Alberto, despáchate!

Alb. (*desde dentro.*) Voy á abrir.

Cal. No hay remedio: esta noche conviene hacer las escenas de costumbre... Aqui está bien... (*alzando un cuadro, detrás del cual se vé una abertura, y volviéndolo á dejar caer rápidamente.*) Aunque fuese un leon, deberá cobrar miedo!

ESCENA V.

Don Eustaquio, Alberto, Calisto.

Alb. Señor Calisto, aqui está el inquilino. (*bajo á Calisto.*) La facha es á propósito.

Eus. (*presentándose con un gran legajo de papeles envuelto en un pañuelo de yerbas muy roto.*) Señores mios, queridísimos... Tienen ustedes la bondad de decirme si ha llegado el amo de la casa, el señor don Ramon?

Cal. Todavia no, pero siéntese usted. Hay algo que subir de muebles, baules...

Eus. Qué está usted diciendo, amigo mio?
De recursos asaz corto,
de la miseria remedo,
como el otro decir puedo,
omnia mea mecum porto. (*mostrando el legajo.*)
Perdonen ustedes si les respondo en verso,
porque suelo, señores, con la rima,
burlarme de la muerte, aunque me oprima.

Alb. (*á Calisto, bajo.*) Esta noche muere de miedo.

Cal. (*id.*) Estos locos algunas veces...

Eus. Conque, señores mios, este cuarto está invadido de duendes, es decir, de espíritus foletos, no es verdad?

Cal. Se oyen y se ven cosas que aturden... ninguno puedo resistirlas.

Eus. Pero diga usted, ha muerto alguno desesperado?

Alb. Hace años que murió un escribano.

Eus. Ni despues de muertos han de dejar en reposo á los vivos...

ESCENA VI.

Dichos, Don Ramon.

Ram. Dispénseme usted si he tardado á la cita...

Eus. Usted se chancea...

Ram. Verdaderamente, señor don Eustaquio, que admiro y admiraré siempre su presencia de espíritu, para volver el crédito á esta casa mia, y por lo tanto quiero que entre nosotros reine la mayor familiaridad.

Eus. Mi señor don Ramon, en respuesta diré á usted lo que hago esclamar á mi Zenobia en el acto en que, antes de dormirse, dá gracias al pastor que la ha recogido semiviva de las ondas.
Que decirte no sé: ya por tu mano
sangre negra no vierten mis heridas;
cama, comida, luz y agua me prestas,
mas mucho mas que todo lo que has hecho
tu corazon estimo: voy al lecho.

Ram. Calisto, has hecho acomodar todo?

Cal. Este cuarto, que es el mejor para dormir, está en órden.

Eus. Para mi basta cualquier cosa; ya por esta primer noche mi esposa no reposará aqui: primero quiero hacer solo la prueba. La única gracia que le demando es, que me den una luz.

Ram. Con mucho gusto. Calisto, ya oyes.

Cal. Ahora mandaré á Alberto... Ven... (*bajo á Alberto.*) Vamos á ponerlo todo en órden. (*salen por la izquierda.*)

ESCENA VII.

Don Eustaquio, Don Ramon.

Ram. Ahora que estamos solos, dígame usted, cómo le ocurrió venir á vivir aqui?

Eus. Diré á usted: mientras mi muger y yo andábamos divirtiendo, con el pasear de un lado para otro, cierta especie de hambre que nos atormentaba, lei sobre esta puerta: «Esta casa se arrienda gratis.» Gratis, dige á mi parienta; esto es lo mismo que decir, casa de Eustaquio de la Castaña, y hallándome precisamente en aquel momento sin techo fijo, me informé, supe, y me dirigi á usted, decidido á habitar aunque fuese entre los diablos.

Ram. Pues oiga usted: si consigue volverme el crédito á esta casa, no solo tendrá usted en ella por toda su vida habitacion, sino que le socorreré además en cuanto me sea posible.

Eus. Que el cielo le colme de prosperidades! Ya con aquel pollo asado, y aquella botella de vino que piadosamente he devorado en su casa, me ha probado usted bastantemente su buen corazon. Yo versos, versos solamente puedo ofrecer en grata recompensa.

Ram. Pero parece imposible que un hombre de habilidad y de talento como usted, se vea reducido...

Eus. Ay! efecto de constelacion: nací bien, y vivo mal.

Ram. Pero su muger de usted...

Eus. Mi muger? Mi muger? Oh, tiernísimo nombre! Sepa usted que desposé á mi Sinforosa, viuda de un boticario, que la habia dejado algunos fondos. Tiene diez años mas que yo, pero estos no me espantaron á la vista de las comodidades que su union me ofrecia. Pero qué! Apenas me dió su mano, al momento, á guisa de una piedra infernal que pasase y corroese todas nuestras pertenencias, todo desapareció.

Ram. Pues cómo?

Eus. Salieron fuera algunos acreedores del patrimonio, vinieron á colacion algunos aspirantes á la herencia, y empezaron los pleitos. Los procuradores y los abogados hacian cuentas espantables, y yo, para ahorrar gastos, me defendí en versos hechos por mi mismo, y espuse heróicamente al juez en octavas reales mis razones. Pero lo creerá usted? El tribunal me condenó. Yo grité, y mi muger lloró, pero en la edad en que estaba, su llanto no hizo efecto en el corazon de los jueces; y perdiendo la lid, con inhumana sentencia los adversarios...

Cogen el fruto, y yo la rama hojosa:
perdí la dote, y me restó la esposa.

Ram. Pero usted con su buen humor...

Eus. No me anonadé: compuse y dediqué mi trabajito botánico en décimas sobre la propiedad del azúcar: imajiné una cábala en quintillas para la loteria: escribí sonetos para alabar á todo el que lo pagaba, y arañando dos cuartos de allí, y un real de allá, he arrastrado hasta ahora la vida con mi cara mitad. Solamente los celos de esta me pesan un poco.

Ram. Señal de que le ama á usted.

Eus. Es verdad; y yo tambien, aunque es muger madura, la quiero bien. No puede usted creer cuánto he deseado tener de ella un tierno fruto del sagrado nudo. Sea dicho entre los dos; despues de cinco años de matrimonio que con todo empeño hemos... pedido al cielo un retoño, de improviso hete aqui en cinta á la esposa. Qué quiere usted?.. A pesar de nuestras miserias, fanáticos con tal fortuna, empeñamos, vendimos, tomamos en préstamo, y por fin gastamos telas para hacer pañales, y todo lo necesario al angelito... Pero lo creerá usted? Hacia ya dos años... y la prole no venia!.. Vana esperanza! Sinforosa no estaba en cinta.

Ram. Con permiso de usted voy á retirarme...

Eus. Es necesario, no obstante, que confiese que el cielo no me ha abandonado nunca! Vea usted, el otro dia el amo del cuarto me echó cruelmente porque no le pagaba, y ahora he encontrado el alojamiento gratis.

Si un númen con un pie te aplasta insano,
el otro te sostiene con su mano.

ESCENA VIII.

Alberto, Sinforosa, *dichos.*

Alb. Aqui está la luz, y esta señora que busca...

Sin. Eustaquio?

Eus. Sinforosa?.. Aqui tienes al dueño de la casa. Esta es mi esposa, servidora de usted.

Ram. Me felicito. Espero que esta casualidad nos proporcionará el placer de ser amigos.

Sin. Honor inmerecido. Mi esposo, que no hace otra cosa que lo que desea su muger, no faltará á sus obligaciones, como se lo asegura de todo corazon esta humilde sierva de usted.

Ram. Es usted demasiado fina...

Eus. Cumple con su deber.

Alb. Esta es la llave de la puerta de abajo, y esta otra, la del cuarto.

Eus. Gracias, gracias.

Alb. Me manda otra cosa, señor?

Ram. Nada.

Alb. (*á don Eustaquio.*) Que descanse usted bien. (Ya lo verás dentro de poco.) (*sale por la izquierda.*)

ESCENA IX.

Dichos, menos Alberto.

Ram. Señor don Eustaquio, yo dejo á usted en libertad, pero dispénseme si le hago una pregunta: no ha hecho venir su cama?

Eus. Estoy acostumbrado á lo militar: me bastan estas dos sillas y esa mesa, y despues, esta primera noche quiero estar atento...

Sin. Por esta noche lo dejo solo: se ocupará en escribir.

Ram. Apropósito, señor don Eustaquio, usted me habia pedido una cosa, tómela usted. (*le da una pistola.*)

Eus. Gracias; esto siempre puede servir. Por dónde se dispara?

Ram. Por aqui: no me parece usted muy práctico.

Sin. Cuidado, Eustaquio: tu no estás acostumbrado á manejar esas cosas.

Eus. Está cargada?

Ram. Con bala.

Eus. (*poniéndola sobre la mesa.*) Pues tengamos cuidado.

Sin. Mucha atencion, Eustaquio mio. (*á don Ramon.*) El pobrecito es un pichoncito de bueno; nadie lo sabe como yo.

Ram. Es natural. Con que, buenas noches: advierto á usted, que no es mi interés sacrificar á usted, de manera, que en cualquier caso de gran temor, puede marcharse libremente. Para mas facilidad, haré que mas tarde pase por debajo del balcon algun criado, que observe si está todo tranquilo.

Eus. Es usted el esceso de la bondad.

Ram. En lo que pueda, mándenme con toda franqueza. Hasta mañana. Valor. (*sale por la izquierda.*)

ESCENA X.

Sinforosa, Eustaquio.

Sin. Con que le has dejado marcharse asi?

Eus. Y qué querias que hiciese?

Sin. Con que se ofrece en todo lo que pueda, y no le pides dinero?

Eus. Muger, á la primera vez que le hablo, darle la embestida...

Sin. Te has convertido en un estúpido. Es mejor andarse á dormir sin cenar, que pedir prestado á un amigo?

Eus. A decirte la verdad, en su casa me hizo servir un pollo y dos vasos de Málaga...

Sin. Y porque tú tienes el vientre lleno, no has pensado en mi?

Eus. Cómo! Pues qué has hecho de los cinco reales que llevó el maestro Juan, á cuenta del soneto que le compuse en alabanza de sus zapatos?

Sin. Y porque tengo cinco reales, debo darte cuentas de todo? Ay! ay! Ahora que el amor ha pasado, todo lo que digo yo, está mal dicho, todo lo que hago está mal hecho: he venido á ser un madero, un papel de estraza, un pedazo de fango para ti.

Eus. Qué es lo que dices, Sinforosa?

Sin. Estáte tranquilo: por esta noche no tendrás mi fastidio, ni mis celos: podrás pensar en lo que quieras.

Eus. Sinforosa!

Sin. Te lo digo con el corazon en los labios; creo firmemente que tienes otra muger en la cabeza.

Eus. Estás loca?

Sin. Cuando el corazon me habla!..

Eus. Si te digo!..

Sin. Pero oye: una que te quiera como tu muger, no la has de hallar... Sinforosa nunca te ha faltado, ni aun de mirada; un corazon como el mio, no, no, no!.. Eustaquio, no le hallarás! Sea dicho para mi verguenza, y el cielo me perdone, á mi otro marido Toribio, no le fui fiel ni la mitad que lo que á ti, y tu no me amas ni la tercera parte de lo que me amaba Toribio, que santa gloria tenga.

Eus. Pero de qué te estás quejando? Sinforosa mia, no dudes de mi.
En medio á los reveses, lo creerás?
Tú fuiste la primera, tú la última serás.

Sin. Mira, mira! En los momentos mas interesantes y tiernos, te me vienes con coplas de repente.

Eus. Hija, en siete años de dulce nudo, debes conocerme! Sabes que los versos se me vienen á la boca, hasta durmiendo..

Sin. (*suspirando.*) Ay, Eustaquio! Bella cosa es el amar, pero qué tormento es el tener un natural ardiente, y el amar demasiado!

Eus. Lo demasiado siempre es mucho; pero vive segura de que eres correspondida.

Sin. Ay! Conviene separarse!

Eus. Si...
¡Un muro entre los dos interpongamos!!
Ya es tarde: supongo que la señorita Paula te habrá admitido por esta noche?

Sin. Si, me ha preparado un gergon debajo de la escalera...

Eus. Pues anda, no encuentres cerrado...

Sin. Para cualquier evento, dame la llave del porton.

Eus. (*dándosela.*) Con qué objeto?

Sin. Te disgusta que entre tu señora de improviso?

Eus. Qué disparate! Pero como de dentro puedo abrir...

Sin. Eustaquio, me voy; piensa que en siete años, esta es la primera vez que pasamos la noche separados!.. Qué es esto?.. Cuando te hablo de esa manera, tu frio.. inflexible... En qué piensas?

Eus. Pensaba... que te se podia hacer tarde...

Sin. (*alterada.*) Comprendo, comprendo!.. Me marcho! Te quito el fastidio!.. No quiero nada! (*vase.*)

Eus. Oye...

Sin. (*desde dentro.*) Vaya usted con Dios!

Eus. Te alumbraré...

Sin. Estoy abajo. Estoy abajo.

Eus. (*asomándose al balcon.*) Sinforosita?

Sin. (*en la calle.*) Nos veremos mañana!

ESCENA XI.

Don Eustaquio, *solo.*

Qué diablo de carácter tiene! No sabe hacer otra cosa que atormentarme con celos y con dudas... Y á propósito, con tanta charla, me olvidaba del sitio en que estoy. Aqui es necesario pensar sériamente... y entretanto, por via de precaucion, cerremos esta puerta... (*la cierra con llave.*) Si para no dormirme pudiera continuar... (*buscando entre sus papeles, y preparando un tintero de cuerno que trae en el bolsillo.*) Mi padre sostenia que era un delirio el creer en los duendes... (*de vez en cuando hará ciertos movimientos improvisos como si oyese rumor.*) Pero aquella bendita de mi madre... me ha contado tantas cosas... que decia le habian sucedido á ella misma... Esto es lo que buscaba! (*se pone á leer en un cuaderno, empezando á media voz y concluyendo muy fuerte.*)

» *D. Juan.* Ah! Si al menos yo pudiera
entre estos fuegos del caliente averno
vestirme de invierno...
Pero un año, y otro año con afan...

Comendador. Arrepiéntete, D. Juan.

D. Juan. Comendador, déjame!
Déjame por Dios en paz
hasta que como tú cadáver sea.
Espectro, vete fuera! arrea! arrea!
Vete Comendador! Vete, rufian.

Comendador. Arrepiéntete, D. Juan!

D. Juan. No me rompas el alma con tus quejas:
bomite el cielo rayos, pues tan pesado eres!

Un vendor por la calle. Agujas, cintas, seda y alfileres.

»Y aqui caen los tres: D. Juan en la escena, el vendedor en la calle, y el Comendador en el otro mundo.» Hé aqui, hé aqui lo que se llama novedad y verdad, y fuerza cómica. Ay! si el cielo me dá vida, desaparecerán estos fuegos fátuos, esos autorcillos de nuevo cuño que escriben necedades sin fondo y sin estrépito... (*volviéndose á sentar, pensando.*) «Agujas, sedas, cintas y alfileres.»— Pero ahora no es el momento de pensar en obras de arte... me pesan los ojos.. apagaré la luz, porque con los ojos cerrados no se ve nada... (*con temor deteniéndose.*) Qué voy á hacer? Si la apago, cómo la enciendo?.. Para cualquier evento la pistola está aqui. Qué mal puede ocurrir si duermo un cuarto de hora? Durmamos, pues. (*se queda poco á poco dormido, abriendo y cerrando los ojos, hasta que por último está completamente dormido.*)

ESCENA XII.

Don Eustaquio, Ana.

Ana. (*saltando á la escena de detrás del cuadro que está en el fondo, dice al ver á don Eustaquio que duerme.*) Qué veo! Oh prodigio! Estoy en el cuarto del nuevo inquilino! Qué hago ahora? Si lo despierto se muere de miedo? Pero á dónde voy? El promover estrépito no seria prudente si Calisto estuviese cerca. Es mejor tratar de salir, sin decir nada. (*acercándose á la puerta.*) Diablo! La puerta está cerrada! La llave causará rumor...

Eus. (*abre los ojos, y al ver á Ana, que está tratando de abrir, con el miedo queda estático é inmóvil, tratando de buscar con la mano derecha la pistola, que no encuentra, porque no aparta los ojos de Ana, á la cual cree un fantasma.*) Ah!

Ana. Esta maldita llave no quiere correr...

Eus. (*con mas espanto lanza un segundo grito perceptible, pero sin moverse de la silla.*) Ah!!

Ana. Silencio! (*volviéndose á él y haciéndole señas de que calle.*)

Eus. No hablo, sombra bendecida, pero no te acerques. (*siempre tratando de cojer la pistola.*)

Ana. Soy una pobre desesperada!

Eus. Y yo mas que tú.

Ana. No crea usted que soy un duende, soy una muger, y me parece que no tan fea para asustar.

Eus. Vean, vean que forma ha tomado para seducirme! (*poniendo al fin la mano sobre la pistola.*)

Ana. (*acercándose á él.*) Tranquilicese usted.

Eus. No se acerque usted, ó le disparo un pistoletazo!

Ana. Está usted loco? Le juro que soy una desgraciada encerrada aqui hace mucho tiempo: he logrado hacer un agujero en el suelo, y he encontrado un conducto, me he precipitado por él, no sé como; he encontrado un fierro, he alzado una especie de picaporte, y de improviso he saltado aqui, como usted ha visto.

Eus. Jesus! Que modo de urdirla!

Ana. Pero cómo quiere usted que le asegure? Pálpeme usted: soy de carne y hueso.

Eus. Lejos! lejos!

Ana. El miedo de los duendes es una cábala del señor Calisto, mayordomo del amo de esta casa, el cual por haberme recogido huérfana, se ha empeñado en que me case con el; y como yo no quiero, me tiene aqui encerrada para que ceda al hambre y á la violencia. Ayúdeme usted á salir.

Eus. Vete! Vete! Alli tienes la puerta...

ANA. Pero al menos quede usted tranquilo?
EUS. Te vas ó no te vas? (*se oyen rumores de cadenas y ahullidos dolorosos.*)
ANA. Oye usted?
EUS. (*cayendo de rodillas.*) Santa María, madre de Dios...
ANA. Es mi perseguidor, que hace tales locuras para asustarme. (*siguen los rumores.*)
EUS. Pero no me engaño? Esos gritos...
ANA. Si le digo á usted que son ficciones... Haga usted lo que le digo... venga conmigo.
EUS. (*alzándose.*) Conque eres... conque es usted de carne y hueso? Lo que se oye es cábala del mayordomo? (*queriendo cojerla la mano con temor.*)
ANA. Si, venga usted.
EUS. (*temblando.*) Me... me. . me fio de usted... Co... co... como... se llama... usted?
ANA. Aná; y usted?
EUS. Yo, don Eustaquio. Ana mia, estoy en tus manos.
ANA. Descanse usted tranquilo: tratemos de que no nos sientan.
EUS. (*sigue el estrépito con mas fuerza.*) Digo! digo! (*en el acto en que están para abrir la puerta, se oye llamar en la misma.*)
ANA. Ah!
EUS. Oh!!
ANA. Tiene usted un arma?
EUS. Tengo una pistola, pero muy poco valor. (*vuelven á llamar.*)
ANA. Abramos.
EUS. No.
ANA. Abramos: monte usted esa pistola! (*le hace montar la pistola.*) Preséntesela usted al momento al pecho, y verá como se arredra el duende.
EUS. Bien, bien, corazon de leon!
ANA. (*abriendo.*) Quien quiera que seais, salvad vuestra vida!
EUS. La vida!

ESCENA XIII.

Dichos, SINFOROSA.

SIN. Ah!
EUS. Mi muger!
SIN. Qué veo! Desgraciado!!
ANA. Qué es?
SIN. Traidor! Con una muger!..
EUS. Sinforosa!
SIN. (*llorando con desesperacion.*) Pobre esposa engañada!
ANA. Se engaña usted.
EUS. Escúchame!
SIN. Y con la pistola en la mano!
ANA. Sepa usted que es inocente.
SIN. (*echándose en una silla.*) No era mejor morir primero que ver un horror semejante? Seductora, me robaste mi Eustaquio!
EUS. Eustaquio es de Sinforosa.
ANA. Yo soy una infeliz...
SIN. Dejadme, yo muero! Eustaquio en brazos de otra! (*como agitada de una convulsion.*)
EUS. Sinforosa de mi vida!
ANA. Tranquilícese usted, señora!.. (*los dos se apresuran á socorrerla*).

ESCENA XIV.

Dichos, CALISTO *y* ALBERTO, *enmascarados con un gran traje negro que les cubre de pies á cabeza.*

ALB. (*apareciendo en la puerta del fondo.*) El infierno está con vosotros!!
CAL. (*apagando la luz.*) Y las tinieblas!!
EUS. ANA. *y* SIN. Ah!!! (*Calisto echa una cuerda al cuello de don Eustaquio, y Alberto coje de la mano á las dos mugeres.*)
CAL. Muere!
ALB. Venid!
EUS. (*reteniendo con una mano la cuerda y amenazándole con la otra y la pistola.*) Cuidado, que tiro!
CAL. (*tratando de quitársela.*) Venga esa arma.
SIN. Fuerte, Eustaquio!
ANA. Fuego!
EUS. Que se dispara ! Que se me vá!
CAL. La pistola!
EUS. Que se marcha! Que se fué! (*parte el tiro é hiere en la espalda á Calisto.*)
CAL. Dios mio! (*cae.*)
EUS. Lo he suicidado!
ANA. Bien empleado le está.
ALB. (*yendo á don Eustaquio.*) Infame!
CAL. Detente, Alberto... Comprendo que es un justo castigo...

ESCENA XV.

DON RAMON, *con un* CRIADO *que trae una linterna encendida. Dichos.*

RAM. (*muy de prisa.*) Que ha ocurrido? Ah! Calisto... Ana!
CAL. Señor D. Ramon, he aqui castigado un hombre infame.
RAM. Llamad á un cirujano.
CAL. No, no... que me lleven á mi casa, y alli sabrá usted todo; en tanto, le basta saber que los duendes son una ficcion, que yo tenia aqui encerrada á esa joven, y que Alberto es mi cómplice.
ALB. Asi debiamos acabar.
RAM. Juan, acompáñalos... Despues me enteraré de todo, y será castigado el que lo merezca. (*parten con el criado Alberto y Calisto: este último sostenido por los otros dos.*)
EUS. Pero cómo ha sido que usted ha comparecido tan oportunamente?
RAM. Por curiosidad de ver si se oia algun estrépito, pasé por aqui con ese criado, y el rumor...
EUS. De la pistola? Esa pistola ha sido la cuchilla de la justicia!
RAM. Y usted, Anita?
ANA. Porque preferia á usted en vez de Calisto...
RAM. Oh! ahora serás mia sin mas sufrimientos... (*se abrazan.*)
EUS. Y tú, Sinforosa, estás tranquila?
SIN. Si, Eustaquio mio; pero aquello de encontrarte con la pistola en la mano...
RAM. No se pierda el tiempo inútilmente: vengan ustedes conmigo, y desde este momento tendrán en mi casa donde vivir y donde comer.
SIN. Donde dormir!
EUS. Donde comer!! (*inspirado de estro poético, improvisa los versos siguientes:*)

De tal modo el placer en mi ser cala,
que me ocupa del pelo hasta la cola.
Soy su siervo en la calle y en la sala,
su servicio será mi empresa sola:
noche y dia cantando hasta el Atala,
diré, viva el Señor, y Ana, y la pistola.

FIN.

Madrid: 1857.—Lalama, Duque de Alba, 13.